

debemos olvidar, a riesgo de repetir viejos errores, volver la vista a las experiencias que nos ofrece el pasado.

**Carlos Criado Manso**

**Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, 405 pp.**

Ganador del XXXII Premio Anagrama de Ensayo con este libro, Jordi Gracia es profesor de Literatura Española en la Universidad de Barcelona y un conocido estudioso de la cultura durante la dictadura, gracias a sus anteriores libros *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo, 1940-1960* (1994); *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962* (1996) y, junto a Miguel A. Ruiz Carnicer, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana* (2001). En ellos ha demostrado ser un alumno aventajado de José Carlos Mainer, de quien ha tomado una amplitud metodológica y de lecturas, siempre entre la literatura y la historia, poco frecuente entre nosotros, así como dos ideas claves, alrededor de las cuales desarrolla un ambicioso trabajo de historia cultural.

La primera, considerar la guerra civil y la inmediata posguerra no, o al menos no sólo, como una cesura – literaria, artística, cultural– en el tiempo, como una ruptura neta con la tradición liberal, como una vuelta a empezar de cero, sino, al contrario, poner el acento en las continuidades, conscientes o no, porque en la historia de la cultura no existen los adanismos. Y la segunda,

conceder una particular importancia al lenguaje y al discurso, algo esperable por la formación filológica de Jordi Gracia que, además, converge con el famoso “giro lingüístico” de las ciencias sociales, aunque con un énfasis algo mayor que en su maestro, quizás debido al impacto de la lectura aún fresca de los diarios de Victor Klemplerer. Sobre ambas ideas se construye este ensayo que aprovecha a fondo, a veces incluso en exceso, las libertades de expresión y estructura características del género ensayístico, a partir de una elemental secuencia cronológica, para recoger la información de sus precedentes estudios académicos y ofrecernos una reflexión madura y a ratos apasionante.

El libro difícilmente podría empezar con una imagen más acertada: la del fascismo como enfermedad o virus que contagia a mentes tan brillantes como las de Ortega, Marañón, Pérez de Ayala y otros grandes pensadores liberales, algo que hoy puede parecer extraño, considerando la vulgaridad, ramplonería y cursilería del discurso fascista, pero que no fue ni mucho menos exclusivo de España, como demuestran los casos de Croce (durante un tiempo), Gentile, Heidegger, Jünger, Carl Schmitt y tantos otros. Porque detrás de esta colaboración en apariencia *contra natura* había todo un proyecto intelectual e ideológico, pero también de clase, el de hacer compatibles liberalismo y fascismo o, más bien, el de revisar el liberalismo abandonando sus tendencias democratizantes a favor de las más elitistas y autoritarias, para así defender el orden público y reorganizar la sociedad sobre bases orgánicas. Es decir, algo bastante diferente a la “tercera España” que muchos han querido ver en ellos. Mientras tanto, mentes menos brillantes

daban un retrato mucho más lúcido y preciso de lo que era en realidad el fascismo: «Dentro de su credo político-estético, la verdad no es necesaria; lo necesario es crear el mito. Y toda su obra última no tiende sino a eso» (*La Libertad*, 1925), afirmaba por entonces Juan Chabás, lector de español en Italia.

El autor recuerda que el distanciamiento de esos liberales respecto a la República era previo, el «no es esto, no es esto» orteguiano y que su colaboracionismo con los sublevados fue consciente y voluntario, aunque los hechos tardaran poco en convencerles de su equivocación (a Unamuno el primero, y más trágicamente). Desde esa constatación, su liberalismo sobrevivió sólo como nostalgia de tiempos mejores –incluida la “dictablanda” de Primo de Rivera, pues reconocía Marañón que «ahora nadie nos hará caso»– y como una “gestualidad” mínima y simbólica, para empezar porque ellos mismos llegaron a sentirse amenazados por la violencia antiintelectual franquista, falangista y nacionalcatólica. Aquí el ensayo disidente del “erial” descrito por Gregorio Morán, no obstante Jordi Gracia lo considere un ejercicio «necesario e higiénico», a favor de una mirada más subterránea y atenta a la continuidad.

El segundo gran tema del libro es el falangismo intelectual del grupo formado en torno a la revista *Escorial* y su presunto “falangismo liberal” que, siguiendo a Santos Juliá, el autor interpreta como una visión *a posteriori*, más o menos interesada, sobre su propio proyecto totalitario, pues «identificaron en el fondo de su misma fiebre el origen del arrepentimiento» (p. 14). Ese proyecto de los Ridruejo, Laín Entralgo, Tovar, Torrente Ballester, Rosales, Aranguren, García Serrano o Maravall

era el de una cultura “comprensiva” y de “alta manera” destinada a construir un Estado moderno, diverso del «mero y bruto nacionalcatolicismo» (p. 222), que según el modelo de Gentile en Italia integrara lo “bueno” –es decir, lo utilizable– de una tradición liberal nacional, identificada en particular con la generación del 98. En las muy acertadas frases de Jordi Gracia, por un lado necesitaban una «respetabilidad intelectual» en la continuidad de la tradición (p. 145), por otro «no fueron más que agentes de una cultura nueva y antiliberal de ruptura con el pasado. En una distancia más larga, sin embargo, y visto todo desde el transcurso de medio siglo, aquellos mismos fascistas de una nueva cultura fueron corresponsables, a medias entre la voluntad y la necesidad, de una continuidad liberal, repescada del pasado, en sus propios medios y para sus propios fines fascistas» (p. 218). Algunos como Ridruejo, el más tempranamente honesto, «a finales de los años cuarenta, perciben con titubeos que el callejón fascista no tiene salida; es evidente la pobreza intelectual de sus resultados y el puro fracaso de una nueva cultura más imaginada que real», pero pasará al menos una década hasta que el resto de sus camaradas empiecen «a dar indicios externos de cambios que han sido internos, mentales» (p. 219). Para entonces, «hacia los años cincuenta sólo les quedaba la expresión nostálgica del fascismo como empeño restaurador de un orden perdido, altoburgués y selecto, culto y aristocratizante, presumido y mediterraneísta, ático y romano: sueños que fueron expoliados a manos de la democracia plebeya primero, con la República, y traicionados después por la ramplonería cuartelera del propio régimen franquista» (p. 237).

De ahí surge el tercer gran tema-periodo del libro: la difícil reconstrucción del lenguaje, de su capacidad original para nombrar las cosas y representar la realidad, frente a la retórica fascista, al discurso adulterado y apodíctico de la posguerra, a las teorías estéticas sin obras y al “imperio de papel”, en afortunada expresión de Lorenzo Delgado. Fueron los jóvenes crecidos en el sueño falangista, como José María Valverde, Rafael Sánchez Ferlosio, Manuel Sacristán, José Ángel Valente, Pinilla de las Heras, José María Castellet o Julián Ayesta, que «no son actores ni responsables de una cultura fascista en marcha sino sujetos educados y socializados bajo un totalitarismo ideológico que construyeron sus padres y sus propios hermanos mayores» (p. 220), quienes van a liberarse de esa pesada servidumbre durante los años cincuenta a través de un proceso de maduración personal. Se trataba también de superar, en palabras de Miguel Sánchez Mazas en 1952, esa «España del orgullo y de la fanfarronería, de la violencia, del culto al temperamento y al folklore» (p. 319), lo mismo que llevaban intentado la mayor –y mejor– parte de los intelectuales desde hacía medio siglo por lo menos, sobre todo desde Cataluña (objeto de un apartado del libro). Gracias a ellos y a muchos otros, como los escritores de la denostada literatura social de esa década, «La resistencia había dejado de ser silenciosa» (p. 377) y «Las primerísimas luces llegaron puestas con la lengua sencilla y clara, ajena a los humos grandilocuentes o a la brillantina barata, una lengua que volvía a servir para pensar y escribir reflexivamente» (p. 388), paso previo necesario para la reconstrucción del lenguaje de la

democracia y el aprendizaje de la libertad.

**Javier Muñoz Soro**

**Hugh Trevor-Roper (edición e introducción), *Las conversaciones privadas de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2004, 604 pp.**

En un ya muy lejano año de 1953 vio la luz en Inglaterra un libro crucial editado e introducido por el historiador Hugh Trevor-Roper bajo el sugerente título de *Hitler's Table Talk (Las conversaciones de sobremesa de Hitler)*. Este es el libro que, oportunamente y en su más actualizada y revisada edición (la del año 2000), ha sido ahora traducido y publicado en español con el título de *Las conversaciones privadas de Hitler*.

La edición original del libro de 1953 contenía, ni más ni menos, que el registro escrito de las opiniones sostenidas por el caudillo nazi en las tertulias mantenidas con sus amigos e invitados a la hora de comer y de cenar durante casi un año, entre julio de 1941 y septiembre de 1942, en su cuartel general en la Prusia Oriental (la llamada “Guarida del Lobo” o *Werwolf*). El responsable de la compilación fue Martin Bormann, jefe de la Cancillería del Führer e influyente secretario político de Hitler tras la extraña huida de Rudolf Hess a Inglaterra en el verano de 1940. Bormann probablemente quiso emular a su huraño predecesor, responsable de la publicación en 1925 del libro *Mein Kampf (Mi lucha)*, una sedicente autobiografía de Hitler compuesta sobre la base de las notas